

ÍNDICE

PREFACIO	13
CAPÍTULO I. España y la Modernidad.....	31
La voluntad de ir a más	35
«Y escucho con mis ojos a los muertos».....	36
Quevedo contra Quevedo. «Yo propio soy voz de mi conciencia, y acuso mi vida»	40
Gnosticismo. «Alta noche de incomprensible distancia». «Historia llena de horror».....	44
El silencio del Padre: «Dudara, gran Señor, si tenéis Padre»	49
Una inhumana soledad. El hombre deshabitado	53
Los reinos del espanto. El hombre sentado	56
El poeta de la desesperación moderna.....	59
Santa Teresa, san Juan, Quevedo.....	63
Escritura diabólica.....	67
La violencia de lo sagrado	69
La tumba, morada de amor	72
Quevedo, Baudelaire	74
La risa en el infierno	78
El primer poeta de la enfermedad.....	83
Quevedo no es naturaleza. El desencanto del mundo	86
Quevedo contra Góngora	88
CAPÍTULO II. Modernidad y antimodernidad. Aproximación a la ideología de Quevedo.....	93
España cercada.....	93
El grande Osuna	101
<i>España defendida</i> . Las calumnias de los noveleros	104
El antijudaísmo quevediano	108
Abominable Clío. De la conjura de los Monopantos a «la conspiración judeo-masónica»	113

Quevedo y Céline	122
Poderoso caballero: la secta de los dineranos.....	125
Maestro de la sospecha. Denuncia y desmitificación	128
«Las grandezas aparentes / de la vana ilusión de los tiranos»	130
Casi un ilustrado	137
Sátira y defensa de la mujer	143
Sobre la estupidez	148
CAPÍTULO III. Mundo enfermo. Teología y biopolítica del cuerpo enfermo.....	153
La perspectiva bíblica y cristiana sobre la enfermedad	153
La enfermedad en el cuerpo místico	155
La enfermedad en el cuerpo político	156
Biopolítica del cuerpo enfermo: el antisemitismo quevediano.....	159
«Risueña enfermedad son las auroras».....	163
El sol negro de la melancolía.....	166
El hombre saqueado por los años	169
Montaigne y Quevedo.....	174
El terror moderno ante la enfermedad.....	176
CAPÍTULO IV. La crítica de la diversión. Ética y estética del adverti- miento.....	181
Ocio y hombre interior	184
El hombre divertido	185
La poética del advertimiento	186
La tradición del advertimiento, entre Platón y Pascal.....	188
Quevedo y Ortega, Cervantes y Gracián.....	190
Metafísica de la guerra. La guerra como advertimiento: «Son las Españas bienes castrenses»	194
La «Epístola satírica y censoria».....	200
La «Epístola satírica y censoria»: cifra de la contra-Modernidad.....	206
Diversión, Barroco y posmodernidad	210
CAPÍTULO V. Lectura de un soneto moral.....	215
Quevedo y Montaigne.....	216
Séneca	217
Nada, que siendo, es poco, y será nada.....	218
Muerte viva.....	219
Alma eterna detenida en barro	220
El navegante divertido: el hombre inauténtico	223
Esperanza burladora y ciega.....	226
«Vivir es caminar» como poema metafísico: relaciones entre la vida, la muerte y el tiempo	227

La filosofía del tiempo de san Agustín	228
Trascendencia simbólica de los contenidos filosófico-morales	230
Dante, Quevedo, Borges	231
Final	233
CAPÍTULO VI. Al margen del humanismo. La poesía del horror metafísico	235
El reverso de la experiencia mística	235
La interioridad vacía en el soneto «¡Ah de la vida...! ¿Nadie me responde?»	237
«¡Ah de la vida!»: un grito creado	238
Una nueva soledad	241
Un nuevo estado de conciencia	243
«¡Aquí de los antaños que he vivido!»	246
«La Fortuna mis tiempos ha mordido»	247
«Las horas, mi locura las esconde»	249
El horror de no haber sido	250
«Falta la vida, asiste lo vivido»	251
Conversión de la doctrina agustiniana en vivencia poética	253
El asedio de la fortuna	254
«Ayer se fue, mañana no ha llegado»	255
«Soy un fue, y un será, y un es cansado»	255
De nuevo, san Agustín	257
Quevedo ante fray Luis	258
El sujeto cansado	260
«Pañales y mortaja»	261
«Presentes sucesiones de difunto»	263
Final	265
CAPÍTULO VII. El llamado a la muerte	267
<i>Un Heráclito cristiano</i>	268
El «Salmo XVI». <i>Descensus ad inferos</i>	273
El desafío a la muerte	276
«Sombra que sucesivo anhela el viento»	279
«Pues es la humana vida larga, y nada»	282
«A que me cobre deuda el monumento»	283
Comentario del soneto «Ven ya, miedo de fuertes y de sabios»	283
Dos versiones del soneto	285
Virgilio. «Irá la alma indignada con gemido / debajo de las sombras» ...	285
Las sombras y el olvido: trasfondo bíblico y depuración del mito	289
El negro cerco del tiempo	291
Los infiernos circulares	295

El reloj de arena.....	297
El <i>sheol</i> de la conciencia.....	299
Naturaleza es, no sentimiento.....	302
Triunfo de la razón y aceptación católica de la muerte.....	304
Una lectura desde Nietzsche («La conciencia me sirve de gusano»).....	308
Final. El coraje del miedo. Quevedo y Heidegger.....	311

CAPÍTULO VIII. «Vive para ti solo si pudieras». La ética individualista	
del sujeto desatado.....	313
La canción «El escarmiento».....	314
Platonismo y estoicismo.....	318
Conflicto de creencias. Estoicismo y cristianismo.....	320
¿Al margen del cristianismo?.....	324
Individualismo.....	326
La poesía de la muerte propia.....	330

CAPÍTULO IX. Los fantasmas de <i>eros</i> . La dialéctica entre lo sagrado y lo profano.....	
La idolatría del amor- <i>eros</i>	333
La herejía del amor- <i>eros</i> en la Contrarreforma.....	334
«Fuego, a quien tanto mar ha respetado».....	336
«Fantasma soy en penas detenida». Una poética y gramática de la lengua fantástica.....	338
El ascenso del amante.....	339
El amante como chivo expiatorio.....	342
En el pueblo de luz.....	345
Arder clavado.....	347
La sacralización del poeta amante.....	350
Poesía de ida. Retórica del delirio.....	353
Ausencia de relación.....	357
Final. Conciencia y delirio (<i>Erato</i> y <i>Lisi</i> contra <i>Polimnia</i>).....	358

CAPÍTULO X. Del desierto al libro. Antropología y teoría de la lectura.....	
Antropología y teoría de la lectura.....	363
El espacio de la conciencia.....	364
La voz interior y la palabra impresa.....	365
Cultura, ocio, libertad.....	369
Apocalipsis de la conciencia.....	373
Libro abierto, libro vivo.....	375
El tiempo de la conciencia. Melodía cósmica.....	376
Una ansiedad de la influencia lograda. La lectura, rito órfico.....	379

Presencias reales. El hombre habitado	383
El hombre nuevo y libre	386
Cultura como hospitalidad. La conversación que somos	387
Una comunidad de elegidos. Libros como patria	389
Quevedo ante la posmodernidad. Del hombre retirado al hombre conectado	392
CAPÍTULO XI. Poesía del pensamiento y crisis de conciencia	399
CAPÍTULO XII. Siglo de Oro y Modernidad. La recepción de Quevedo	407
CODA. ¿Fue bueno Quevedo? Quevedo y España	421
APÉNDICE 1. Poesía moral y poesía moral «metafísica».....	423
APÉNDICE 2. Poesía religiosa, moral y amorosa: convergencias y divergencias	429
Diversión y advertimiento.....	429
<i>Un Heráclito cristiano</i> , poesía amorosa: imágenes y motivos.....	432
El mundo me ha hechizado.....	434
El camino a la trascendencia.....	436
APÉNDICE 3. El hombre, naturaleza muerta: «Miré los muros de la patria mía»	441
Los muros del mundo.....	443
La mancha del tiempo. Todo corre a su fin.....	448
NOTAS.....	453
NOTA BIBLIOGRÁFICA	721
BIBLIOGRAFÍA	723
AGRADECIMIENTOS.....	803
ÍNDICE ONOMÁSTICO	805

PREFACIO

1

En el seno de la creciente apertura cibernética a realidades virtuales, cuando las tecnologías de la información y la comunicación impregnan casi todas las formas de participación social, se cierne en el horizonte la amenaza, con ecos de H. G. Wells (*La isla del doctor Moreau*, 1896), Franz Kafka (*El proceso*, 1925), Aldous Huxley (*Un mundo feliz*, 1932), Max Aub (*Manuscrito cuervo. Historia de Jacobo*, 1944) y George Orwell (*1984*, 1949) de un oscuro futuro de vigilancia y control estatal tecnototalitario, en el marco de una gran transformación política, económica y antropológica: la Cuarta Revolución Industrial, propuesta en un artículo de Klaus Schwab de 2015 para la revista *Foreign Affairs* y definida como la fusión de los sistemas biológicos y digitales, en el marco de *El gran reinicio*¹ (2020), libro también de Schwab, fundador y vocero del Foro Económico Mundial que se reúne todos los años en Davos.

Al compás de la creciente concentración, centralización y privatización del poder político y económico, se abre paso una nueva biopolítica: el transhumanismo, una filosofía científicista que investiga y promueve el empleo de innovadoras tecnologías (neurotecnología, biotecnología, nanotecnología, biogenética, robótica, impresión en 3D) dentro de un proyecto, supuestamente, de superación de los límites naturales del ser humano, a través de la integración de dicho ser humano con la inteligencia artificial. Ya sea como respuesta alarmada contra los peligros del transhumanismo, que desembocaría ineluctablemente en el posthumanismo, en el marco del Nuevo Orden Mundial (como denuncia Albert Cortina Ramos en *¿Humanos o posthumanos?*, 2015; y, con Miquel-Àngel Serra, en *¡Despertad! Transhumanismo y Nuevo Orden Mundial*, 2021), o como celebración de un salto evolutivo del género

humano por medio de herramientas tecnológicas solucionistas como vía predeterminada para abordar los problemas existenciales, asistimos en el último medio siglo a la proliferación, en el ensayo y la literatura de ficción, así como en series de televisión y en el cine, a representaciones distópicas cargadas de reminiscencias barrocas.

En la sociedad del espectáculo del Barroco se imponían las metáforas del mundo como gran teatro y laberinto, ligadas a una moral de la sospecha: nada ni nadie es de fiar dentro de un proceso de urbanización, masificación y mercantilización crecientes, en medio en una profunda crisis social y de valores². Como contrapunto filosófico a este proceso, el Barroco retoma el viejo escepticismo de los antiguos griegos y postula un nuevo escepticismo ante lo real, el viejo tema de Platón, el budismo y los gnósticos: el mundo percibido por los sentidos sería una copia, una ilusión, simulación o engaño, que solo puede ser comprendido por una conciencia trascendente y cuya expresión literaria universal máxima es *La vida es sueño* (1628) de Pedro Calderón de la Barca. La cosmovisión filosófica neoplatónica y el misticismo del Barroco, abandonados por la ciencia moderna, pareciera resurgir en numerosos estudios con títulos, por ejemplo, como *El universo holográfico*³ (1996) y *Misticismo y física moderna* (1980) de Michael Talbot, y *La física de Dios* (2017) de Joseph Selbie; y en *La física de la conciencia: la mente cuántica y el sentido de la vida* (2008) de Evan Harris Walker, uno de los fundadores de la reflexión académica sobre la supervivencia de la conciencia basada en la física cuántica.

En la sociedad posmoderna, la realidad se virtualiza y se fragmenta en minúsculas pantallas, más reales —como el *aleph* de Borges— que la vida misma. La robótica, y los controles biométricos vía satélite, panoptición cósmico en el marco del «Internet de todas las cosas», anuncian el Transhumanismo, que adviene cultura de masas en la literatura, el cine y la televisión; por ejemplo, en *Westworld* [*Almas de metal*] (1973), *They Live* [*Están vivos*] (1988), *The Truman Show* [*El show de Truman*] (1998), *Minority Report* [*Sentencia previa*] (2002), *Inception* [*Origen*] (2010), o, la más reconocida, *The Matrix* (1999) [*Matrix*]. En este último film, de los hermanos Wachowski, la disyuntiva neognóstica, neobarroca y calderoniana entre ingerir una pastilla azul (símbolo de un olvido confortable de la realidad verdadera) o una pastilla roja (imagen del despertar doloroso de la conciencia) ahonda en la dicotomía existencial de Quevedo, entre quien vive preso de las apariencias y quien se atreve a vislumbrar el mundo «por de dentro»⁴.

En este tiempo histórico, cuando la noción misma de humanidad se halla en crisis, cuando la inteligencia artificial desplaza a la humana, cuando la razón natural es suplantada por la ingeniería social y la razón tecnológica, y *La abolición del hombre* (1943)⁵, profetizada en el ensayo de C. S. Lewis, es una posibilidad cada vez más real, cabe preguntarse: ¿en qué consistió para el Barroco lo humano, la condición humana? ¿Estamos en verdad ante un «retorno del Barroco», ante una «barroquización del mundo»⁶? Y de ser así, ¿en qué sentido? Y, sobre todo, en el marco de este libro, ¿cómo nos interpela en la actual crisis Quevedo, cuya meditación y defensa nacional acompañó al ocaso de la Monarquía universal de los Austrias españoles? ¿Qué lugar ocupa el autor de *Los sueños* en la travesía intelectual de los últimos siglos, en el proceso de subjetivización y desmitificación que definió la Modernidad y la posmodernidad, que ahora mueren y abren paso a una nueva era, marcada por la inteligencia artificial, la robótica y la nanotecnología?

El libro posee una estructura genealógica: *Quevedo en el origen y el fin de la Modernidad*. Pero qué se puede entender por «Modernidad», un concepto ciertamente polémico y polisémico, empleado primero por Charles Baudelaire —un poeta marcado por Quevedo, según espero mostrar— en un ensayo sobre pintura. El concepto de «Modernidad» no aparece en español, según el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (1980) de Joan Corominas, hasta 1899. Sin embargo, la Edad de Oro de las letras españolas esta permeada por la idea de competencia o disputa de los autores nuevos con los antiguos⁷, conciencia manifiesta en la poesía amorosa de Quevedo, en la voluntad de exceder y sobrepujar, con su audacia imaginativa, a los antiguos. En *La cultura del Barroco* (1975), Maravall observó cómo proliferan entonces «voces como ‘nuevo’, ‘original’, ‘caprichoso’, ‘raro’, ‘extravagante’, con una acepción de elevada estimación positiva»⁸.

El término *Modernidad*, en primer lugar, delimita un tiempo histórico: la Edad Moderna, que abarcaría desde 1492 hasta la crisis en el ideal del progreso anunciada por Nietzsche, y que desemboca en la Primera Guerra Mundial. Más allá de esta amplia categoría temporal, el concepto se abre a enunciados diferenciados, hasta contradictorios. Con la Modernidad y el primer hombre moderno se ha identificado a Petrarca, el humanismo y la Academia florentina, Leonardo da Vinci, Maquiavelo, a Erasmo y Lutero, Montaigne, Bruno y Galileo, Bacon y Newton y al hombre ilustrado. Sin embargo, España encarna la Modernidad en todos los ámbitos: político, técnico, militar, económico, artístico, literario, religioso y filosófico. Desde mediados del siglo xv, existen en España tres instituciones modernas: un

ejército profesional, una economía monetaria, una burocracia y *administración* dedicados a la racionalización y centralización del poder social. En cuanto a la Modernidad cultural: la reforma del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517) y la *Biblia polígota complutense* (1514-1517, 1520); la *Gramática castellana* (1492) de Antonio de Nebrija (1444-1522), la primera gramática de una lengua vernácula; el modelo de *El príncipe*⁹ (1532) de Maquiavelo (1469-1527) en el rey Fernando el Católico (1452-1516); el primer estado moderno, el primer imperio global y la primera circunnavegación planetaria; el primer encuentro filosófico con *el otro*, plasmado en el derecho internacional y en los debates jurídicos y económicos de la Escuela de Salamanca, con el primer debate sobre derechos humanos universales y la formulación moderna de la doctrina del tiranicidio; en la novela picaresca, en la narrativa de Cervantes, el teatro de Lope y Calderón, en la pintura de Velázquez. Quevedo ocupa un lugar propio, señero, en esta primera Modernidad literaria española. Una Modernidad española, que es también una Modernidad de pensamiento filosófico, como han demostrado, entre otros, Gustavo Bueno (1924-2016) y su escuela, y estudios crítico-literarios como el de Antonio Regalado, *Calderón y los orígenes de la modernidad en la España del Siglo de Oro* (1995). Este libro quiere situar a Quevedo en el corazón de esta Modernidad literaria y filosófica española.

En segundo término, leemos a Quevedo en relación polémica con la Modernidad protestante e ilustrada: desde Quevedo, contra la Modernidad; desde la Modernidad, contra Quevedo. La Modernidad, como producto francés (Descartes), británico (Francis Bacon) y protestante alemán, con su acmé en la Ilustración del siglo XVIII, es una construcción teórica nacional interesada, sometida hoy a revaluación y crítica. En este sentido, la Modernidad es un sistema de valores que según Max Weber exalta la secularización, el individualismo, el capitalismo, el protestantismo¹⁰, el ascenso de la burguesía, y la crítica y quiebra de los pilares del Antiguo Régimen —el trono y el altar, la realeza y la autoridad eclesiástica—, fundamentos políticos de la Modernidad liberal que conducen a la Revolución francesa.

En tercer término, Quevedo es un autor representativo de la crisis, en todas las esferas, de la conciencia europea del siglo XVII.

Hacia 1620, el puritanismo —este espíritu puritano generalizado— triunfa en Europa. Se puede decir que esos años marcan el fin del Renacimiento. La época del juego ha terminado¹¹.

En España, desde los estudios de José Antonio Maravall, el Barroco es visto como una época de honda crisis social, de turbación e inestabilidad, de cambios en el sistema de valores, de conflictos económicos, de depresión y de rechazo de la corte y su burocracia. La obra de Quevedo se origina en el quicio de esta crisis de mentalidades, escindida entre la metafísica teológica agustiniana y el nuevo ateísmo, entre el humanismo cristiano renacentista y el derrumbe barroco de esos mismos valores humanistas.

Los valores, el *ethos*, que acompañaron a esta Modernidad europea, primero humanista y después ilustrada y burguesa, han sido el antropocentrismo, el progresismo, el eudemonismo, el comercialismo, el economicismo, el legalismo, el materialismo y el tecnificismo científico, ligados a la expansión y explotación colonial —con su oculto lado oscuro: el racismo y eurocentrismo de la Ilustración—.

La obra de Quevedo entró en conflicto con estos procesos, y es testimonio de las tensiones que marcaron los problemas medulares de la Modernidad naciente: entre fe religiosa y secularismo, entre la ética estoico-cristiana y la emergente prudencia secular mundana. A la altura de su tiempo, desde el corazón de la crisis de valores que desemboca en la llamada «crisis de la conciencia europea»¹², Quevedo se enfrentó a las más graves cuestiones filosóficas y teológicas, y a los mayores problemas políticos y morales de su época, que fueron objeto de su constante meditación y transmutación poéticas: una transmutación original, agónica, conflictiva.

Lúcidamente observó José Antonio Maravall cómo,

[a] través de sus ambigüedades, incoherencias, contradicciones entre diferentes pasajes de sus obras, [la lectura de Quevedo] nos ayuda a entender las vacilaciones de la mentalidad barroca, las oscilaciones en las que se traduce, en la mente del escritor que las contempla, la inestabilidad del siglo barroco, y, por debajo de todo esto, los movimientos de inconformidad, de desviación, de rebelión, y correlativamente las respuestas de reforzamiento autoritario y de represión y castigo, que sacuden continuamente a la sociedad de la época¹³.

Y en un artículo de 1910 escribía Azorín:

En Quevedo se resume y logra su más alta condensación toda una civilización literaria¹⁴.

En este contexto, la obra de Quevedo ha sido calificada por su «modernidad» conflictiva y contradictoria, un motivo constante en la

crítica del siglo xx. Términos como *escepticismo*, *irreverencia*, *desacralización* y *subversión de valores* para definir la figura intelectual de Quevedo se volverán un lugar común, y se anuncian ya en un artículo de Azorín de 1917:

Leyendo a Quevedo se experimenta la sensación de que nos hallamos en un mundo aparte. Por deducción, por analogía, alargando indefinidamente sentimientos sugeridos por el autor, llegamos a subversiones de valores, a destrucciones de valores a que no había llegado Quevedo, pero en cuya pendiente —para llegar hasta aquí— nos había puesto Quevedo. ¡Qué henchido de modernidad este gesto de burla y de indiferencia de Quevedo!¹⁵.

Lo que Azorín denominó «subversiones y destrucciones de valores» puede ser descrito como el proceso por el que un pensamiento crítico moderno y desmitificador, ligado a una imaginación deslumbrante, entró en conflicto y en contradicción con una ideología política y social tradicional y antimoderna.

Las grandes obras españolas llevan en sí, no en forma abstracta sino literaria, una filosofía, una concepción del mundo y del hombre, un sistema de valores y de contravalores, un conjunto de problemas vitales y de los modos de responder a dichos problemas vitales. Emplazado al final de siglo y medio de excelencia en la prosa y la lírica en lengua española, Quevedo interiorizó y sometió a crítica el sistema conceptual e imaginativo del universo antiguo y cristiano, al tiempo que ideó metáforas antropológicas e imaginó conceptos de gran calado en la Modernidad occidental.

Quevedo interiorizó el axioma fundacional de Heráclito, que Plutarco explica así:

No es posible ingresar dos veces en el mismo río, según Heráclito, ni tocar dos veces una sustancia mortal en el mismo estado; sino que por la vivacidad y rapidez de su cambio, se esparce y de nuevo se recoge; antes bien, ni de nuevo ni sucesivamente, sino que al mismo tiempo se compone y se disuelve, y viene y se va¹⁶.

Asimismo, Quevedo interiorizó otro de los pensamientos de Heráclito, que recorre el pensamiento antiguo y sería posteriormente cristianizado por san Pablo y san Agustín, sobre la guerra en la representación del hombre interiormente dividido, *en batalla consigo mismo*:

La guerra es padre de todas las cosas y rey de todas las cosas, a unos los muestra como dioses, a otros como hombres, a unos los hace esclavos y a otros libres¹⁷.

Heráclito consideraba la guerra como el padre de las cosas —de las cosas, pero no de lo eterno—. Por existir conflicto entre las cosas, el espíritu del sabio ha de pasar por estas como si fuera una llama, poniendo armonía entre ellas. En la mejor poesía y prosa de Quevedo, el sujeto vive una perpetua dualidad, un antagonismo interior entre lo temporal y eterno. La vida del hombre en su camino hacia la muerte es, según Quevedo, una contienda continua, sometida a un permanente *cercio* ontológico, bajo la amenaza siempre del no-ser.

En la poesía metafísica y amorosa el *hombre interior* se encuentra *deshabitado*: carece de estancia, morada o centro donde instalarse y habituarse. La interiorización no conduce a una elevación mística y espiritual, sino a una conciencia del yo como ausencia —«¡Ah de la vida...! ¿Nadie me responde?»¹⁸—, fantasma —«fantasma soy en penas detenida»— lleno de angustia y volcado a la tumba como destino perenne del amor-eros: «y siempre en el sepulcro estaré ardiendo»¹⁹, dice en un soneto. A esta vivencia del yo lírico acompaña una concepción numinosa del amor profano, sometido a la violencia de lo sagrado, pero capaz, paradójicamente, de vencer a la muerte, no solo en espíritu, sino materialmente: «polvo serán, más polvo enamorado»²⁰.

Desde la experiencia de la *noche oscura*, se insinúa en la obra de Quevedo una concepción gnóstica y desencantada de la vida y del mundo natural. Nos sorprenden entonces imágenes cercanas al sentimiento moderno del infierno no como lugar, sino como estado de conciencia: el *hombre sentado*, condenado a una eternidad inmóvil devorado por el remordimiento; la *risa*, absurda, grotesca, desesperada, de los condenados *en el fondo del infierno*. En la noche de tinieblas del penitente, asoma también, según veremos, el esbozo de una duda ante el misterio de la pasión de Cristo: interrogación sobre el misterio de la agonía del Hijo del hombre, que será secularizada por los poetas agnósticos románticos del siglo XIX en la representación de la orfandad del hombre Jesús.